

—Os advierto, que aunque me he llevado los alguaciles y puede pareceros que estais solos, no lo estais, dijo el alcaide.

—Eso ya lo sabia yo, sin que vos me lo dijerais; porque desde que estoy preso, cuando ha podido parecerme que he estado solo, es cuando he estado con más compañía.

—Yo cumplo con decíroslo.

—Muchas gracias, señor Lanzuela.

—Entrad, señora, cuando gustéis, dijo el alcaide volviéndose hácia la habitacion oscura que estaba antes de la puerta.

Gabriel y María de Santillana estaban en la apariencia completamente solos.

Pero desde detrás de la puerta, por la rejilla de hierro que en ella habia, observaban Picatoste y Rascon.

III.

María adelantó en silencio, dirigiéndose al fondo de la habitacion.

—¿A dónde vais, señora? dijo Gabriel de Espinosa.

—A ponerme todo lo lejos que pueda de aquella puerta, á fin de evitar si es posible que se oiga ni aún el murmullo de nuestras palabras.

La voz de María temblaba, y por ella se comprendia que estaba vivamente conmovida.

Gabriel de Espinosa la siguió hasta un ángulo de la habitacion, al extremo opuesto de aquel donde estaba situada la puerta.

María estaba de espaldas á ella.

Tomó una silla y se sentó, siempre de espaldas á la puerta.

—Sentáos de modo, dijo María, que mi cuerpo impedida que os vean desde la puerta.

Gabriel se sentó con extrañeza delante de María.

—¿Quién sois, señora? la preguntó.

—¿No me conocéis? dijo María.

—No puedo conoceros; teneis puesto un antifaz y tan echado el manto, como si fuerais de aventura.

—¡Y qué! ¿No es esta una aventura, y una aventura terrible, señor? ¿No conocéis mi voz?

—Vuestra voz tiembla.

—¡Ah! ¡Porque os amo, porque os veo perdido, y porque quien os ha perdido soy yo!

—¡Vos!

—¡Sí, yo! Y María se arrancó el antifaz.

—¡Mari Galana! exclamó Gabriel de Espinosa.

—¡No! más alto, más alto; ¡doña María de Santillana!

—¡Santillana! ¡Santillana siempre! ¡Dios ha hecho á los Santillanas para que me sean funestos! ¡Si! ¡Santillana habíais de ser! ¡Por qué no habia pensado hasta ahora en ello! ¡Habia atribuido á otras causas mi prision! ¡Yo no habia podido ni aún sospechar que aquella pobre mujer que me amaba, á la que yo no podia amar, pero á la que tenia un afecto compasivo, un afecto de padre, habia sido la miserable, que viendo en mi aposento, en el aposento de una posada, unas joyas, me delató, como se delata á un ladron!

—¡Ah! Teneis razon, señor; ¡yo he sido una miserable, una infame, pero infame y miserable por amor; por un amor despreciado que me enloqueció, que me hizo pensar en la venganza, que me llevó hasta don Rodrigo de Santillana, y me ha costado un mar de lágrimas, y que me costará la vida!

—¿Quién os puso á mi paso, mujer? exclamó desesperado Gabriel de Espinosa.

—¡Dios, que ha maldecido sin duda á los Santillanas! ¡Dios que ha querido que vos seais la noble víctima que castigue algun ignorado delito de nuestra familia! ¡Porque vuestra sangre, señor, nos ahogará despues de una agonía horrible!

—¡Mi sangre! exclamó Gabriel de Espinosa con acento opaco.

—¡Sí, vuestra sangre! ¡Porque la sentencia, señor, vuestra sentencia de muerte, hace una hora ha venido de Madrid, aprobada por el rey!

—El rey no puede haberse atrevido á tanto, dijo Gabriel de Espinosa con asombro, pero sin miedo; el rey ha debido enloquecer si tal ha hecho; porque si en mí hay culpa, no es una culpa que merezca la afrentosa muerte del patibulo. ¡No, no! ¡Imposible! ¡Eso no puede ser! A vos os envia Santillana no sé á qué, porque lo que él no ha podido arrancarme, no me lo arrancareis vos; pero yo no creia que don Rodrigo apelase á este bajo medio; que diese falsamente su apellido á una mujer tal como vos; ¡ni por quién me ha tomado á mí don Rodrigo de Santillana!

—Yo estoy aquí, porque si no me hubiera permitido

venir, si no me hubiera dado ocasion para veros, ¡yo no sé lo que hubiera hecho, porque estoy loca!

—¿Y qué le importa á don Rodrigo, al terrible don Rodrigo, lo que pueda hacer una mujer loca y desesperada, si es que vos lo estais?

—Ningun padre es terrible para sus hijos.

—No me irriteis, María, no me irriteis sosteniendo esa audaz mentira; ¡hija vos de don Rodrigo de Santillana! ¿Cómo puede ser esto?

—Como puede ser que vos, conocido como Gabriel de Espinosa, pastelero en Madrigal, seais el noble rey don Sebastian.

Gabriel de Espinosa soltó una carcajada.

—Idos, dijo, y manifestad á don Rodrigo de Santillana, que el lazo que me tiende, es inútil. Idos. Dejadme en paz.

—Oid: mi padre tuvo hace veinte años, en Venecia, amores con mi madre, dijo María con ese acento caloroso y persuasivo de la verdad, del cual no puede dardarse; yo fui el fruto desdichado de aquellos amores; un miserable, un bandido español, me robó siendo niña, para obtener por mí un rescate, y por eventualidades imprevistas, se vió obligado á huir de Venecia antes de que mi madre pudiera rescatarme, ni aún saber dónde estaba. Aquel hombre me trajo á Castilla, y la madre Martina me crió. Hé aquí la razon de mi vida infame; si don Rodrigo de Santillana no hubiera seducido miserablemente á mi madre, yo no hubiera existido; yo no hubiera sido robada; yo no hubiera venido á Castilla; yo no hubiera sido la mujer perdida, amante del bachi-

ller Corchuelos, que murió bajo la mano del verdugo, á causa de la riña que tuvo con vos; no hubiera tenido necesidad de vengarle en vos, ni de buscaros para conoceros y amaros con mi primer amor, con mi amor virgen de mujer perdida! ¡Porque yo, antes de veros, tenia el alma virgen! ¡Por yo no habia amado á nadie más que á vos, y os amé y os amo con toda la ternura, con toda la pureza, con todo el delirio de mi alma solitaria, huérfana, desventurada! ¿Por qué habeis despreciado vos un amor tan grande, tan noble, tan puro? Al despreciarme, señor, os habeis arrancado, sin saberlo, vuestra corona de la cabeza; ¡porque cuando aquella noche me despreciásteis, irritada, dolorida, desesperada, pensé mal de vos, pensé que aquellas alhajas que habia sobre la mesa, eran robadas!... ¡No, no os ofendais, señor! ¡Yo estaba loca de dolor y de rabia! ¡Yo estaba ciega; os habia presentado mi corazon, y vos le habiais arrojado á vuestros piés y le habiais pisado sin compasion, sin caridad! ¡Yo era para vos despreciable! Lo comprendí, sentí una rabiosa sed de venganza, y fui á buscar á don Rodrigo de Santillana; os delaté... y oid: cuando don Rodrigo me vió, se puso pálido como un muerto; me reconoció; reconoció en mí á su hija, á su hija perdida; porque yo soy la semejanza viva de mi madre... ¡Sí, yo soy doña María de Santillana! ¡No tengais duda de ello, yo soy hija de don Rodrigo, reconocida por él, y llevo públicamente su nombre! ¡Yo soy su remordimiento, su castigo, la expiacion anticipada de la dura sentencia de muerte que ha pronunciado contra vos!

—¡El destino! ¡Siempre el terrible destino que se cru-

za delante de mi paso! exclamó con voz terrible Gabriel de Espinosa.

—Yo vengo á salvaros, á salvaros como únicamente os puedo salvar, dijo de una manera ardiente María; si yo pudiera morir en vuestro lugar, si con mi muerte pudiera poneros sobre vuestro trono, yo moriría llena de felicidad; porque al morir, sabia que si no me habiais amado, si no habiais podido amarme, guardaríais siempre mientras viviéseis un dulce y triste recuerdo para la desdichada que os habia amado hasta el punto de perecer por vos.

—¡Oh! ¡Hablad! ¡Hablad! Os creo, María; no sé qué tienen vuestras palabras que penetran una á una en mi corazon con otras tantas gotas del rocío del cielo sobre la tierra árida, seca, sedienta; decís que venís á salvarme de la manera que podeis, y creo adivinar vuestro intento.

—Sí; la muerte os libraré del patíbulo; todo es morir; ¡pero morir con la afrenta en la plaza pública á manos del verdugo, es morir mil veces! y ¡ya que no puedo salvaros, quiero que no murais más que una! Tomad.

Y María dió á Gabriel de Espinosa un pequeño objeto muy envuelto en un papel.

—¿Y qué es esto? dijo tranquilamente Gabriel de Espinosa.

—Eso es la muerte.

—¡Un veneno! dijo de una manera singular Gabriel de Espinosa.

—Sí, el tósigo de los Borgias, contestó con voz trémula María.

—¿Cómo sabeis vos el nombre de este veneno? dijo con un vivo interés Gabriel de Espinosa.

—Me lo ha dicho el que me lo ha dado, para que os lo diga á vos, para que tengáis confianza en su eficacia, para que sepais que mata dulcemente, sin sufrimientos, sin congojas y de una manera muy rápida.

—¿El nombre de la persona que os ha dado este veneno!

—Monseñor Pietro Mastta.

—¡Ah! ¡Mi hermano! ¿Le conocéis vos?

—Sí, él es mi amigo; él me comprende; él sabe cuánto os amo, y desesperado, no pudiendo salvaros, porque para salvaros sería inútil todo el poder de la República de Venecia, se ha valido de mí. ¿Me creéis ahora, señor? ¿Me creéis tan leal á vos, como es leal la sangre al corazón?

—Sí, os creo; os creo, y si no puedo amaros de la manera que vos me amais, porque mi hermano os habrá dicho que yo amo ya, os amaré como os amo ahora, durante el poco espacio que me queda de vida, con un amor puro, triste, doloroso.

—¡Ah, señor! exclamó María; ¡esa palabra me hace la más feliz y la más desventurada de las mujeres! ¡No me despreciáis ya, me comprendéis, me amais... como un padre, como un hermano!... Pero no importa: me amais; ¡y yo, yo soy la causa de vuestra horrible desventura!

—No, María, no, la causa de mi desventura es mi funesto destino; no lloreis; estoy ya cansado, y para mí la muerte es un beneficio; he visto frente á frente la verdad tal cual es, descarnada, horrible, desnuda, y que la vida no merece la pena de afanarse por ella; he visto que la

ambicion, que la bajeza, que las malas pasiones, lo enlodan todo; he visto al crimen insolente ponerse delante de mí y arrojarme á la cara su inmundada carcajada; he visto que ese reino de Portugal, que me cree su rey, sufre en silencio la larga, la humillante prision del que por rey tienen; he visto y veo á esos reyes de Europa que tambien me creen rey contando por los dedos el dinero que puede costarles una guerra sostenida por mí; he visto el egoismo, la bajeza y la cobardia en todas partes, y cuando he mirado en torno mio, me he encontrado solo, abandonado á mis verdugos, sin más personas que me amen que mi hermano Pietro Mastta, que nada puede hacer por mí, porque no puede vencer el egoismo y la fria política de Venecia; ¡mi esposa que sufre en silencio y presa la agonía del horror, al verme en la situacion en que me encuentro! Y vos, vos, María, que me amais, y que no pudiendo hacer otra cosa, me decís: ¡tomad ese veneno! ¡Morid! ¡Robaos al verdugo!

—¡Oh! ¡Sí, sí! ¡Morid! exclamó María de una manera suprema; ¡morid de la muerte de Annibal! ¡Morid por vuestra misma mano! ¡Arrojad al semblante del impío rey don Felipe, una carcajada igual á la que Annibal arrojó á la faz del Senado y del pueblo romano! ¡Morid digno de vuestro nombre! ¡Morid como debe morir el rey don Sebastian de Portugal!

—¡Oh, María, María! ¡Vos no sois una mujer vulgar! ¡Vos sois grande!

—Tengo la inteligencia viva, el corazón noble; he estado muchos años rodeada de estudiantes; la ciencia me

ha saludado, y yo lo tengo á buena ventura, porque he podido comprenderos.

—Pues bien, dijo Gabriel de Espinosa sonriendo de una manera triste; ya que por vuestro largo y continuo trato con esos buenos estudiantes castellanos, que han levantado tan alto el renombre de las universidades de Salamanca y de Alcalá, y por vuestra viva inteligencia sois casi una doctora, puedo hablar con vos sin temor de que no me comprendais.

—Hablad, hablad, señor.

—En primer lugar, María, debo ser sincero con vos; es necesario que al pensar en mí no penseis en el rey don Sebastian, ni tampoco en Gabriel de Espinosa, sino en un misterio; ese misterio solo le comprende Dios. ¿Quién soy yo? Hé aquí un problema que no se resolverá nunca; hoy los portugueses y el rey don Felipe me creen el rey don Sebastian; mañana los portugueses negarán lo que ahora creen, y el rey don Felipe dudará de ello, cuando vean los unos y el otro que he sido ahorcado.

—¡Es que vos no sereis ahorcado, no! ¡Es que vos os matareis antes! dijo con ansiedad la jóven.

—No, María, no; no me pongais por delante el ejemplo de Annibal, ni el de tantos otros que vencidos y en poder de sus enemigos hicieron lo que hizo Annibal; Annibal debió morir en batalla, como el rey don Sebastian, antes que rendir su espada á los enemigos y de ser insultado por ellos; que siempre hay ocasion de morir cuando se tienen enfrente enemigos armados y alentados por la victoria, y no causa pavor la muerte; pero una vez preso, porque no pueda encontrarse por un acaso el fin de

la vida, no debe darse la razon al enemigo huyendo del martirio. ¡No! ¡No debe darse jamás el espectáculo del miedo! ¡Annibal se olvidó de lo que habia sido, cuando vió relucir el hacha del lictor, y manchó sus canas con una cobardía! ¡Si! ¡Annibal fué cobarde, porque le faltó valor para apurar hasta las heces el cáliz! ¡Yo no le imitaré; si me encontrara en medio de un ejército, me haría matar, como se hizo matar en Africa el rey don Sebastian, como se hace matar el león acosado, rugiente y terrible, matando enemigos; pero estoy preso, sujeto, resignado á la voluntad de Dios, y es poco el suplicio que me preparan para hacerme incurrir en cobardía, ni habria suplicio bastante para ello, aunque supiese que iban á despedazarme lentamente, haciéndome sufrir los más insoportables tormentos; no; yo soy ante todo cristiano y caballero; como cristiano, debo aceptar la copa que Dios ha querido me presenten; como caballero, debo hacer honor al rey don Sebastian, porque se dudará siempre si yo fui ó no fui el rey don Sebastian de Portugal; y no quiero que ni aún por duda caiga una mancha de cobardía sobre la memoria de aquel noble rey.

María miró pálida, ansiosa, muda, á Gabriel.

—Tomad, tomad, la dijo Espinosa; yo estoy muy vigilado; no quiero que pueda encontrarse aquí este veneno, y supongan lo que no soy capaz de intentar; lleváoslo; yo os lo agradezco, María; yo os amo, y yo os perdono.

María cayó de rodillas á los piés de Gabriel de Espinosa, y levantando á él el semblante bañado en lágrimas con las manos juntas exclamó:

—¡No basta, no basta, señor, con que me perdoneis á mí, que es necesario que perdoneis tambien á mi padre!

—¿Que perdone á vuestro padre? ¡Jamás! ¡Yo puedo perdonar un crimen cometido bajo la tiranía de una pasión ciega; pero no puedo perdonar nunca el asesinato lento, la doblez, el deseo voraz de encontrar el crimen en el acusado! ¡La suspicacia, las malas artes, la alevosía, la crueldad, la injusticia! ¡Vuestro padre ha sido conmigo todo lo cruel, todo lo terrible, todo lo insolente, todo lo infame que puede ser un hombre! ¡Él, no el que ha de quitarme la vida, él ha sido mi verdugo! ¡Me ha atormentado de todas las maneras posibles, me ha hecho trabajar sin descanso, hora tras hora, haciéndome responder siempre á una misma pregunta! ¡Ha venido en medio de la noche á turbar mi sueño, á sorprenderme con el afán de la vigilia! ¡Ha mantenido siempre viva mi cólera, y me ha hecho sufrir más que lo que me ha hecho sufrir mi dura suerte en los diez y siete años que hace ando peregrinando por el mundo! No hay lengua humana que baste á expresar lo que don Rodrigo me ha hecho sufrir, y con cuanta mala intención, con cuanta sangre fría, solo por servir, por congratular con él á un tirano. ¡No! ¡Cuando el mal se hace sabiendo que se hace, el que de tal manera hace el mal, no merece perdon; solo la debilidad y la pobreza de espíritu pueden perdonar á un tal hombre: no, no me pidais el perdon de don Rodrigo de Santillana, porque yo le he juzgado á mi vez, porque yo llevaré mi acusacion hasta el tribunal de Dios!

María estaba sentada sobre sus rodillas, escuchando

extremecida la palabra enérgica y solemne de Gabriel de Espinosa.

—¡Vuestro padre es un verdugo! dijo Gabriel inclinado siempre sobre María, que no se atrevía á hablar, que estaba completamente dominada; ¡y los verdugos no pueden esperar el perdon de sus víctimas, ni la misericordia de Dios! ¡Porque su conciencia está indeleblemente roja, y no hay nada que pueda lavar las manchas de sangre de su conciencia!

María continuaba doblegada.

—Idos, idos, María, dijo Gabriel de Espinosa; sufrís demasiado; idos; lleváos con vos ese veneno, y mi perdon, perdon sincero que yo os doy con toda mi alma; llevad tambien con vos la certeza de que os amo como puedo amaros, como amaria á mi hija ó á mi hermana.

—¡Ah! Ya veis que cedo, que os comprendo, que no insisto en aconsejaros que os quiteis la vida; pero dejadme que os suplique aún que perdoneis á mi padre.

—Pero no veis que no puede perdonarse un crimen que aún no se ha acabado de cometer, y que se está cometiendo aún, que se está continuando. María, vuestro padre sabe lo que hace; vuestro padre sabe á donde vá y de donde viene; antes que todo, es alcalde de casa y corte, y vasallo del rey. Dejadle, pues, que continúe su camino; si al fin de él encuentra el remordimiento, él se ha puesto voluntariamente en el caso de sentirle.

Y alzó á María, cuyo semblante estaba pálido y desolado.

—Venid, venid, ponéos el antifaz; voy á llamar á la puerta para que os abran.

—¿Y nada teneis que decir á los que os aman, señor?

—Sí; decid á Pietro Mastta que tengo todo el valor que se necesita para el trance en que me hallo, y que no pase cuidado por mí, que esta es una cuestion de tiempo, ni más ni menos, y que ya he vivido bastante para saber lo que es la vida. Que no lo recomiendo mi mujer y mis hijos, porque no hay necesidad de que yo se los recomiende para que él los proteja. En cuanto á mi esposa (y la voz de Gabriel se mojó en lágrimas), en cuanto á mi esposa, decid á Pietro Mastta la diga, porque vos no podeis verla...

—¿Y quién os ha dicho que yo no puedo verla de la misma manera que os estoy viendo á vos?

—No, no, dijo Gabriel de Espinosa; vos no debeis verla; ella no debe conoceros á vos; sed vos mi intermediaria con Pietro Mastta; decidle que ruegue á su hermana, á mi esposa, que me perdone por cuanto la he hecho sufrir; que esté á su lado para sostenerla, para alentarla en el momento terrible, y que la salve con mis hijos de la cólera y de los recelos del rey don Felipe. Ahora, María, separémonos, y sabed que habeis sido para mí, como un ángel que húbiese descendido á las tinieblas de mi calabozo.

—Me habeis encontrado sumisa, señor, dijo María; no os he hecho sufrir la contrariedad de una disputa; espero, pues, una sola gracia.

—¿Cuál?

—Que no me negueis un abrazo.

Gabriel de Espinosa asió por las manos á María, la

atrajo á sí, la abrazó y la besó en la frente, como puede besar un padre á su hija.

María exhaló un grito ahogado, se separó de sus brazos, le besó las manos mojándoselas en lágrimas, y le dijo:

—Adios, señor; hasta la eternidad, donde espero nos encontraremos pronto.

Y se puso con las manos convulsas el antifaz, y llamó á la puerta del encierro.

La puêrta se abrió al momento.

María salió, y la puerta volvió á cerrarse, pero despues de haber entrado los alguaciles Rascon y Picatoste, cuya presencia vino á ser para Gabriel de Espinosa, el despertar de un sueño.

IV.

Gabriel se sentó en la cama y se desnudó en silencio.

Luego se acostó, y volvió el rostro á la pared.

Algun tiempo despues, Picatoste y Rascon, sentados en sus respectivos sitios, dormian.

No sabemos si Gabriel de Espinosa dormia tambien.